

que han perdido por su criminal atentado, lo ganarían con la gran fuerza sentimental que ha de darles el martirio de un héroe. En fin, no soy yo quien ha de decidirlo, y el señor Regente sabrá lo que más conviene al país y á la Libertad. Suyo devotísimo—*Centurión*.

VII

De D. Serafín de Socobio á D. Fernando Calpena.

16 de Octubre.

Señor mío: Escribo á usted de tal modo traspasado por el dolor, que no acierto á concertar mis ideas con la buena estructura gramatical. El dolor desquicia mi entendimiento, y éste desconoce el arte de dirigir la pluma. Perdóneme usted; vaya leyendo hasta donde pueda, y lo que le resulte obscuro intérpretele con buena voluntad.

Se confirmaron ¡ay! las corazonadas que á usted manifesté en mi carta de anteayer. No hubo clemencia. Esta es virtud de las grandes almas, y la del Regente, con perdón de usted, de puro pequeña es totalmente invisible. Desearíamos creer que ese hombre no tiene alma. No obstante, como cristiano digo que quien no

la tuvo para la clemencia la tendrá para el arrepentimiento. De nada valieron los esfuerzos de tantas personas sensibles y honradas para enternecer el corazón de piedra del señor Duque-Regente. La Marquesa de Zambrano, madre política del héroe condenado, se arroja á los pies de Su Alteza; la propia Doña Jacinta intercede con lágrimas. La Reina quiere escribir una cartita al tirano, y no la dejan. ¿Qué más? La Milicia Nacional, en quien el hombre de corazón duro funda y apoya su prepotencia, le dice: «No mates á León;» y el hombre fiero responde: «Yo no mato á León: le mata la Ley.»

¡Buena está esa Ley, que todos han hollado! ¡La Ley! ¡Del felpudo que han puesto como un guñapo á fuerza de pisotones, quiere hacer Espartero un inmaculado emblema de la Justicia!.. El argumento empleado por Roncali en la defensa de León no tiene réplica, y fué como decir al Regente que no podía tirar la primera piedra. Y es de oro lo que dijo uno de los jueces, el General Grases: «Si por sublevarse condenan á un hombre, ahorquémonos todos con nuestras fajas.» No le relato á usted el juicio porque carece de interés: la carta que encontraron á León, y que éste no se cuidó de arrojar de sí, le comprometía seriamente. ¿Pero qué

¿importa todo esto? No era posible negar su parte en la conjuración. No se trataba más que de saber si merecen la muerte los que faltan á la disciplina con móviles políticos. Era un hecho que obedecían á la Regente legítima congregando al Ejército para reponerla en su autoridad. No eran desleales, no eran traidores: cumplían un deber sagrado. Yo reconozco que Espartero, en su posición, siquiera ésta sea usurpada, no podía apreciar el caso del mismo modo. Pero sobre el criterio estricto de la Ley están el buen sentido y el principio cristiano que dice: «O todos ó ninguno.» Espartero no ha mirado el porvenir, no ha visto las tremendas represalias. Lagos de sangre formará pronto el arroyo que sale de las venas de los primeros mártires. Por esto repito que el juicio carece de interés: acusan los unos con razones; la defensa razona cumplidamente, y entre estos dos grupos de razones está Jesucristo con los brazos en cruz que dice: «Sois unos grandes fariseos, esclavos de la letra. Callad y haced lo que en vuestro gárrulo lenguaje llamáis la vista gorda, perdonándoos la falta que unos contra otros y otros contra unos habéis cometido. Todos sois jueces, todos sois reos; los sillones del tribunal son banquillos de acusados, y las causas que escribís hacen víctimas de los verdugos y verdugos

de las víctimas, según se las lea por el derecho ó por el revés.»

Acongojado escribo que no hubo perdón, y á ratos me pasa por la mente la terrible idea de que para los grandes fines españoles y humanos el no haber perdón ha sido provechoso, pues la causa que con víctima de tal calidad se fortalece es causa ganada, y la que con tan torpe barbarie se envilece causa perdida es. A los sacros derechos de la Reina Gobernadora faltaba un holocausto: ya lo tiene... Mas por de pronto, el doloroso sacrificio hace brotar de nuestros ojos ríos de lágrimas. Lloremos, y nuestro llanto, mezclado con la sangre, fecundará la tierra.

Soy Hermano de la Paz y Caridad. ¿No lo sabía usted? He prestado auxilio á muchos reos de muerte, bandidos los unos, desgraciados aventureros políticos los otros, y aunque mi corazón está encallecido por las emociones de estos espectáculos y trances dolorosísimos, he sentido ahora la mayor angustia de mi vida. Era para volverse loco ver á tal hombre, en la plenitud de la vida, del vigor, todo nobleza y generosidad, separado de la muerte sólo por un instante y por una palabra. El instante, al tiempo implacable pertenecía; la palabra pudo salir y no salió de la boca de un déspota, que

quiso engrandecerse haciendo el papel de Fatalidad... No puedo expresar á usted mis sentimientos en aquellas horas del día 14 y de la mañana de ayer 15, día de la gloriosísima doctora Santa Teresa de Jesús. Llegué á creerme víctima de un sueño, de espantosa pesadilla, y que nada de lo que veían mis ojos era verdad. Hombre no me parecía ya el excelso León, sino más bien un sér sobrenatural y fabuloso. Le fusilaríamos, y las balas rebotarían en aquel pecho que ha sido el primer baluarte del honor patrio... Imposible que la muerte destruyera un sér tan grande, Aquiles que ni en el talón ni en parte alguna de su cuerpo podía ser vulnerable. ¡Qué llamear el de aquellos ojos negros, qué fiereza en la hermosura de su rostro, qué gallardía y robustez en su talle y apostura! Le ví por primera vez cuando acababa de confesar; le ví cuando mandó que rompieran en tres pedazos su lanza de combate; le ví cuando dijo con voz de trueno: «¡y he de morir yo!...» le ví también resignado y tranquilo, platicando sosegadamente con Roncali; le ví y le hablé yo mismo, sin que pueda recordar ahora qué palabras comunes salieron de mis labios, ni descifrar las que él con tanta gravedad pronunció... y turbado de ver tanta desdicha en quien merecía todas las ventu-

ras, y de considerar tan cerca del sepulcro al hombre más arrogante del Ejército español, al primer caballero del siglo, me salí despavorido, como el que presencia una grave alteración del orden de Naturaleza. El mundo se desquiciaba; tales abominaciones no podían pasar sin algún grave desconcierto en la máquina universal. Ausente de la capilla, ví á León tan grande, que los hombres en derredor suyo parecían hormigas. ¿Cómo podían matarle las hormigas, ni el feo y negruzco hormigón llamado Regente por uno de estos artificios de lenguaje que usamos en nuestra república de insectos?

La curiosidad llevóme de nuevo á las lúgubres salas de Santo Tomás, y si hubiera tardado un minuto no habría visto salir al mártir para el lugar del suplicio... Me agregué á mis compañeros de la Hermandad que iban en el último coche, y seguí la fúnebre comitiva. De gran uniforme, cubierto el pecho de cruces, iba el General en carretela descubierta, á su lado el sacerdote, enfrente Roncali... ¿Qué pensaría el hombre que llevaban á ajusticiar cuando, al pasar la vista por las tropas que cubrían la carrera, reconoció los cuerpos que se habían comprometido con él para el movimiento del 7? Eran los que debieron ser suyos, y tan no eran ya suyos, que le conducían al matadero.

¡A esto se llama justicia! Carnaval trágico debiera llamarse. Por momentos creí que León era conducido á una apoteosis, que aclamado sería por las tropas, y que éstas se volverían contra Espartero. ¡Y qué día espléndido, qué sol de fiesta, qué ambiente de alegría! Madrid quería estar fúnebre, y el cielo quería reír. La gente se agolpaba en la carrera por toda la calle de Toledo, resplandeciente de luz y de color; y cuando veía pasar al reo, tan gallardo y hermoso en su serena resignación, figura militar incomparable, que simbolizaba en la mente del pueblo las hazañas más estupendas de la guerra, y los prodigios más extraordinarios del valor español, no daba crédito á lo que miraban sus atónitos ojos. No era así la *Historia de España* que estábamos acostumbrados á ver, compuesta de alternados espectáculos de revoluciones y patíbulos. No iban á la muerte hombres como aquél, que todo lo podían, que con un poco de suerte habrían destruído en un santiamén el régimen imperante. No podía ser que los sublevados cometieran las torpezas de la noche del 7, ni que Espartero tomara tan cruel venganza. Personas hubo (y así me lo han dicho más de cuatro) que no se persuadieron de la verdad del fusilamiento hasta que sonaron los tiros. La Milicia Nacional, que formaba en la Plaza de

la Cebada, donde hoy está Novedades, le vió pasar con pena, y si la dejaran le habría tocado el himno de Riego, y cogídole en brazos para pasearle en triunfo. Y sin embargo, *Don Fatalidad* manchego se salió con la suya. Había dicho muerte, y muerte fué.

No puedo pintarle á usted, Sr. de Calpena, mi impresión de piedad y espanto, cuando León, á quien ví en aquel instante como si tocara el cielo con su cabeza, se plantó en actitud majestuosa ante los granaderos, y les gritó: «¡No tembléis... al corazón!» Oyéndole estoy todavía. ¡Qué voz!... Yo miré á todos lados. ¿No vendría en aquel instante algún emisario de Espartero trayendo el indulto? No señor, no vino nadie... Huí despavorido... A no sé que distancia, oí la voz del General dando los gritos de mando... Todavía los oigo, ¡ay!... después la descarga. Huí más rápidamente, aterrado, como si me persiguieran demonios, y me ví envuelto entre soldados. No quise ver al coloso muerto, ni me parecía que había suelo en que cupiera tan gran cadáver... No sé por dónde me vine á casa. Mi familia creyó que me había vuelto loco... Perdí el sombrero... y la cabeza con él.

Octubre 17.

Alea jacta est. A la bárbara provocación contestamos con un terrible «nos veremos.» Contados están los días de este hombre, á quien no califico por respeto á la cordial amistad que usted le profesa. Si España ha de vivir, si España ha de ser algo más que un charco de ranas, entiéndase *ayacuchos*, urge apartar del Gobierno á esta gente, que quiere conducirnos á la disolución y anarquía más espantosas. Y la salvadora empresa debe empezar por la desinfección del Alcázar de nuestros Reyes, donde más que en ninguna otra parte es nociva la pestilencia del *Progreso*. Pone los pelos de punta el pensar que inculquen á nuestra Soberana doctrinas peligrosas, y que la educación en general sea deplorable, liberalesca, y un si es no es *enciclopedista*. ¡Abominación y escándalo! Los que vemos en la calle á las regias personas, cuando pasan hacia el Retiro, hemos notado que están desmejoradas y que van perdiendo carnes de día en día, señal por lo menos de que no viven alegres, y de que se las martiriza con estudios impropios de su edad. Claro que en mis juicios acerca del nuevo estado palatino no voy tan lejos como el vulgo, que ha pronunciado sentencia terrible contra Quintana y Argüelles, dando

á éste el revolucionario mote de *Zapatero Simón*. No diré yo que las augustas niñas sufran malos tratos, hambres y golpes; pero debemos ver siempre en las exageraciones populares un fondo de verdad, y reconocer que ni el Ayo ni el Tutor son hombres cortados para la cría de Reyes. Me consta que alguno de los preceptores ha hecho alarde de un descarado democratismo. No hay tiempo que perder: libremos pronto á nuestra Soberana de esa maligna influencia; y como al propio tiempo se ha de barrer el suelo de la Nación hasta que no quede ni el menor rastro de *progresismo*, hemos de procurar que la Reina se penetre bien de la sana doctrina *moderada*, para que ésta sea norma de su conducta en lo porvenir, y tengamos un reinado próspero, pacífico y glorioso.

Convendrá usted conmigo en que si el *progresismo* no es exterminado de modo que no pueda volver á levantar la cabeza, nuestra patria perecerá víctima del desgobierno y la anarquía. Sobre que estos hombres no pecan de escrupulosos en la administración del procomún (con excepciones, amigo mío, con raras excepciones que reconozco), no hay manera de hacerles comprender que las teorías políticas extranjeras más dañan que benefician trasplantadas á nuestro país. Son además groseros, vis-

ten como espantajos, se pagan de la patriotería declamatoria, y todo lo arreglan con palabras huecas, sin sentido. No miran por los *intereses creados*, reforman sin criterio, persiguen á las *clases conservadoras*, aborrecen las camisas limpias, confunden la libertad con la licencia, y no saben poner sobre todas las cosas *el principio de autoridad*.

De los asuntos particulares que se ha dignado confiarme nada nuevo puedo comunicar á usted. Estos días han sido inútiles para los negocios, y no he puesto los pies en ninguna oficina, seguro de no encontrar á nadie, ó de hallar á mis señores funcionarios distraídos y atontados con los graves sucesos políticos. De añadidura, tenemos ahora el estero, que son tres días de holganza. Con todas estas demoras y la ignorancia del *progresismo*, bien puede decirse que no hay administración. Vengan pronto Dios ó el Diabolo á traernos la vida, que no es otra cosa que el orden. Suyo etc.—*Socobio*.

VIII

Del mismo al mismo.

29 de Octubre.

Mi Sr. D. Fernando: Demos gracias á Dios y á nuestro amigo D. Eduardo Oliván é Iznardi, uno de los pocos mortales que no comen el pan de la cesantía, por virtud especial que posee para salir á flote en todos los naufragios; démosles gracias, digo, porque sin ellos no podría yo mandarle noticias del expediente de Hacienda, ni de la favorable nota con que lo ha despachado la Asesoría general... Pero ha de saber usted que antes de llegar al señor Ministro, forzoso es que pase por tres ó cuatro de los llamados *centros*, donde emplearán las semanas de Daniel en leerlo y resobarlo, en escudriñar precedentes y compulsar las distintas jurisprudencias que atañen al caso, antes de que se aproxime á la superior resolución. Reúna usted, pues, mi buen amigo, toda la paciencia necesaria, y apriete los resortes para que tanto en Madrid como en Barcelona operen con rapidez y desembarazo, resolviendo de plano y á gusto

de la parte interesada. Aproveche usted la situación presente, en la cual goza de toda la influencia, y de ninguna su infatigable enemigo el señor Marqués de Sariñán y Villarroya, que si las tornas se vuelven pronto, como espero, y el moderantismo empuña el mango de la sartén, el señor Marqués será poderoso y usted no.

Hablé del caso con D. Manuel Cortina, uno de los pocos progresistas que merecen un trato afable y consecuente, y su opinión es que á los mayorazgos de Centellas y Valdeveu, de los estados de la casa de Loaysa, no pueden afectar las reclamaciones de la Real Hacienda contra la casa de Idiáquez. Esto es lo único que puede decir sin conocimiento de los orígenes de la cuestión. Secuestrado muy á su disgusto por la política, pronto reanudará los trabajos de bufete, y lo primero que detenidamente estudie será el asunto que á usted tanto inquieta. Así lo ha escrito á la señora Condesa en reciente carta; y ya que la nombro, no dejo pasar yo tan buena ocasión sin tributarle, por conducto de usted, mis homenajes más respetuosos.

Amigo mío, despeje su ánimo de esas aprensiones, y tome el camino de La Guardia, donde lo menos que puede hacer es casarse, si han llegado ambas familias á una feliz inteligencia... Quiero que conozca usted las contradictorias es-

pecias que corren por aquí acerca de esa boda, que tan pronto se nos presenta por el lado claro, tan pronto por el obscuro. Mi primo D. Vicente de Socobio, canónigo patrimonial de Vitoria, en cuya casa pasó su grave enfermedad el señor D. Pedro Hillo, me escribe acerca del particular algo que no se compadece con las referencias del Sr. D. Víctor Ibraim, capellán de honor en la Real Casa, el cual asegura que la boda es un hecho, mas con variantes que han de causar grande sorpresa. No se casa usted con Demetria, sino con Gracia, y aquella sin par señorita, cuyas virtudes trompetean cuantos la conocen, ha resuelto consagrar su preciosa vida á vestir imágenes, ó encerrar su virtud en las Huelgas de Burgos. Ateme usted esa mosca. Y cuando no me había repuesto del estupor que esta noticia me causó, viene mi tío Frey D. Higinio de Socobio y Zuazo, de la Orden de Calatrava, y me dice que Santiago Ibero ha dado un tremendo esquinazo á la niña menor de Castro-Amézaga, la cual, furiosa de verse plantada, no halla mejor consuelo de su desaire que aceptar las propuestas del férvido Marqués de Sariñán. Bien podía usted enterarme de la verdad, si la sabe, en este juego de las dos niñas, que tan pronto se casan como se enclaustran, y de si triunfan los Idiáquez, pues desde aquí estoy viendo la

cuarta de jeta que alarga Doña Juana Teresa, si, como se dice, logra incorporar á su estado los predios de Paganos y Samaniego.

Y para que mi confianza, Sr. D. Fernando, sea estímulo de la suya, le contaré lo que por mí mismo he podido averiguar, valiéndome de una terrible encerrona que di á Santiago Ibero la semana pasada. Le cogí por mi cuenta en el casino de la calle del Príncipe, y solos en un apartado aposento traté de confesarle. Mas no valían con él *indirectas*, y á mis preguntas sólo contestaba como el lego que reparte la sopa de San Francisco, echando cucharadas del caldo de arriba. «Hermano—le dije,—eche de profundis;» y por fin, sacó de lo más hondo una parte de sus secretos, una parte no más, la que principalmente nos interesa. Pues el caso es que ha roto su compromiso con Gracia porque no se cree digno de ella. Añade nuestro buen amigo que se tiene por un miserable, que él mismo se desprecia y que sé yo qué. Se ha pasado con armas y bagajes á la literatura de tumba y capuz de que tanto nos hemos reído, y sus melancolias entiendo que son una enfermedad ocasionada por desvarios de amor. Me da mucha pena el pobre Santiago, que es un pedazo de pan, un niño cándido, de altas ideas y caballeresca voluntad, cuando no se deja em-

bromar por los *mengues*. Le hacía falta un buen amigo que le sacara de estas obscuridades; su apagada razón necesita otra refulgente como la de usted para lucir como debe.

Bomba. Sepa usted que Su Alteza Serenísimá (hablo del Regente) emprenderá un viaje á Zaragoza, en busca de popularidad según creo, pues la de aquí parece que se le va disipando. El pobre señor no se ha enterado todavía de que el movimiento era contra él, contra su desdichada administración, contra su ineptitud para el gobierno. En sus alocuciones disimula la escama diciendo que los sublevados iban contra la Voluntad Nacional, contra los sacros principios, etc... Me recuerda al baturro que habiendo recibido un par de coces en la obscuridad de una cuadra, gritó: *Alumbra, Magalena, que la borrica me ha tirao uua coz, y no sé si me ha pegao á mí ó á la paré*. Yo le diría á Su Alteza: «A la pared, señor mío, que es usted, y á usted, que es la pared, pues pared y Regente se confunden en una sola persona dura.

Supongo que irá usted á verle, y él le contará sus cuitas, que no son pocas, y algún proyecto descabellado para conjurar la tormenta que se le viene encima. ¿Querrá encomendarse á la Virgen del Pilar para que le saque del atolladero? No, no: la Pilarica no puede amparar al

que se complace en conceder mercedes á los rufianes y en fusilar á los caballeros... Dispénseme usted que le hable con esta libertad. Mi indignación no conoce freno: ansío que venga de la parte de Francia nueva tanda de paladines, bien repuestos de armas y de todo el oro francés, inglés ó turco que puedan allegar, para que salgamos de esta esclavitud degradante. La jugada de Septiembre fue muy fea, y juro por el *Cirineo de Cascante* (como dicen los brutos de mi tierra) que nos la han de pagar.

Noviembre (no marca el día).

Vivimos en la más estúpida de las tragedias, y hechos á sus horrores, hablo á usted de fusilamientos, como hablaría de una moda. Flamante ó de una función de teatro. Ayer le quitaron la vida al pobrecito Borra, un teniente, una criatura, un héroe barbilampiño que hizo prodigios de bravura en el ataque á la escalera de Palacio. No quise ir á verle en la capilla; pero los Hermanos que fueron me han contado que no se ha visto otro ejemplo de fortaleza y elevación de ánimo. ¡Pobre niño, exceso mártir de la más gloriosa de las causas! El subterfugio del Gobierno sufrió la misma pena. No sé si he dicho á usted que dias pasados pereció

también el Brigadier Quiroga. Estas carnicerías se repiten con tal frecuencia, que ya se nos van de la memoria las víctimas, y cada día decimos: «¿á quién le toca hoy?...» Pero el que demuestra disposiciones más felices para la exhipación de españoles, es el tal Zurbarano, el Marat del *Progreso*, que en tierras de Vizcaya y Rioja se despacha á su gusto, repartiendo tiros sin ton ni son y llenando el suelo de cadáveres. Ahí tiene usted un espartarista que sabe su obligación. ¿Han llegado á conocimiento de usted las bárbaras proezas del hombre de la zarra, personificación del fanatismo liberal en su más salvaje aspecto? Pues entérese y estudie el caso, que es interesante, pues estas violencias traen, en el ordenado vaivén del tiempo y de la historia, su propia reparación, y los que deseamos la ruina de esta Regencia, aplaudimos á los Zurbaranos que se cuidan de desacreditarla y de hacerla odiosa. Vamos bien.

Ya tiene usted á su ídolo en Zaragoza, recibiendo el delirante aplauso de los nacionales. No le vale su escandaloso abuso de la oratoria militar, y caerá entre los mismos ruidos de su levantamiento. El trágala que en Septiembre del 40 cantó el señor Duque á la Reina Madre, se lo cantarán pronto á él, con la propia música, los caídos del año anterior. La historia se

repite con acompasado amaneramiento, y los grupos ó gavillas de hombres alternan en las mismas formas salvajes de darse y quitarse la tranca de gobernar. Ya oigo á los míos cantando bajito lo que mañana cantarán bien alto:

A la tira-floja perdí mi caudal;
á la tira-floja lo volví á ganar.

Sea usted indulgente, mi buen amigo, con la irrespetuosa sinceridad de su devotísimo servidor.—*Socobio*.

IX

De D. Fernando Calpena á D. Mariano Díaz
de Centurión.

Sitges, Diciembre.

Señor mío y amigo: La delicada salud de mi madre, que en el presente invierno ha redobladado mi inquietud, es el único motivo de mi permanencia en Cataluña, motivo que basta y sobra para que aquí nos plantemos, ella porque se encuentra en la costa de Levante mejor que en parte alguna, yo porque no quiero ni debo separarme de su lado, y no estoy bien sino donde ella está. Buscando un retiro sosegado, ame-

no, de alegres horizontes por mar y por tierra, de ambiente puro, de vecindario sencillo y poco bullanguero, he creído encontrarlo en esta preciosa villa de Sitges, situada como á siete leguas al Sur de Barcelona, en la misma orillita del Mediterráneo. El mar es azul, la villa blanca, toda blanca; mirada de lejos, como un nido de palomas, ó de cualquier especie de aves cuya saliente cualidad sea la blancura; de cerca limpia, risueña, hospitalaria, amiga. Imposible ver este pueblo sin amarlo y querer ser suyo. No se ría usted: aquí es uno un poquillo poeta sin saberlo, sin intentarlo; sólo que en la expresión flaqueamos los que no hemos recibido del Cielo el sagrado numen. De los habitantes poco puedo decir aún, porque apenas los conozco; pero á la primera observación me han parecido sencillotes y honrados, de trato dulce, de carácter tímido, respetuoso con el forastero. Los ignorantes no llegan á zafios, y los más pobres parecen contentos de su estado, de la hermosa tierra que pisan y de la compañía de aquel mar placentero. Denme un pueblo que sepa los rudimentos de la cortesía, sin perder su rudeza, y no lo cambio por el señorío de ninguna ciudad grande.

Aquí nos instalamos hace seis días, alquilando una de las mejores casas del pueblo,

asentada en una peña donde rompen las olas; hemos traído de Barcelona todo el mueblaje necesario, de lo mejor que había, y ya falta poco para que nuestra vivienda sea el *non plus ultra* de la comodidad. He comprado una falúa magnífica, la mejor que se ha podido encontrar por aquí, sólida, grande, gallarda, provista de cuanto ordena el arte de la navegación á la vela y al remo. Los más hábiles carpinteros de ribera, los mejores calafates y los más entendidos artífices en obras de mar, se ocupan en componerla y decorarla; será el asombro de Sitges y de los cercanos pueblecitos costeros; quiero que tenga la majestad, la hermosura y elegancia de un galeón de príncipes, ó del maravilloso barquito en que salía de pesca la señora Cleopatra, según narra Suetonio, y si no es Suetonio, otro será el que lo cuente. Mi madre gusta mucho de los paseos marítimos, y yo he querido proporcionarle este recreo, que para mí también lo es. Siempre que haya buen tiempo nos lanzaremos al mar, llevando un patrón que, por las trazas, llama de *tú* á Neptuno, y ocho marineros que son la envidia de todo el personal de la costa, sólo por estar á nuestro servicio. Si queremos pescar pescamos, y si no queremos más que deslizarnos mansamente sobre los hombros del Mediterráneo, sin otra ocu-

pación que admirar los grandiosos espectáculos de la costa, así lo haremos. Hemos bautizado á la barca con el lindo nombre de *Nuestra Señora del Pilar*.

Porque mi madre está contenta lo estoy yo, y porque su salud es aquí mejor que en otra parte, amo á este país. Claro que la felicidad completa, la íntegra satisfacción de los ideales y de los deseos no la tengo, no, y soberbia loca sería pedir al destino lo que rara vez es concedido á los mortales. Poseo muchos bienes, ¿quién lo duda? Pero alguno me falta, y en el vacío de esta falta suele hacer su nido la tristeza... Pero dejemos este asunto, cuya oportunidad es muy dudosa, y vamos al que principalmente motiva la presente.

Me hará usted un señalado favor, amigo Centurión, averiguando con la mayor prontitud posible qué es de Santiago Ibero, dónde está, qué le ocurre, y por qué no ha contestado á las cinco cartas que desde Octubre le llevo escritas. A mí han llegado noticias contradictorias acerca de ese para mí tan caro amigo, algunas tan absurdas que no me atrevo á darles crédito, otras bastante extrañas y oscuras para llenarme de inquietud. Ruego á usted encarecidamente que le busque por todo Madrid, que indague y escudriñe cuanto pueda, hasta

dar con la extraviada persona del que familiarmente llamábamos *el ángel negro* por su morenatez y lo candoroso de su alma. Me permito incluir una carta cerrada para que tenga usted la bondad de entregársela en propia mano en cuanto pueda ponerle la suya encima. Yo he sabido, por conductos indirectos, que el sujeto á quien escribo la presente es visitante asiduo de una familia manchega, relacionada íntimamente con otra de Madrid. Alguien hay en ésta que puede dar razón de los laberintos en que se nos ha perdido Ibero. ¿Ve usted como todo se sabe, amigo Centurión? Por las damas manchegas introdúzcase en el sagrado de las madrileñas, que no son otras que las hijas de Milagro, mi compañero en la secretaría particular de Mendizábal, y hoy Gobernador de no sé que provincia. Fué muy amigo mío, y me sirvió en juveniles amoríos de que no quiero acordarme; conocí también á las chicas. Y á propósito: ¿la hechicera de nuestro amigo es la que tocaba el arpa y traducía del francés, ó la otra? Me acuerdo de sus caras como si las estuviera viendo; pero sus nombres han volado de mi memoria. Creo haber oído que una casó con un tenor y otra con un militarillo. Animo y á ellas... Pero no: ahora caigo en que estoy actuando de diablillo tentador, y podría suceder que por

buscar á un perdidizo se nos perdiera hombre tan sesudo como D. Mariano Centurión. No me meto á señalarle á usted caminos que tal vez estén erizados de malezas y obstruidos por zanjitas peligrosas. Búsqüeme á Ibero, y cáccemele como pueda, procurando guardarse de todo mal en las trochas por donde le persiga.

No concluiré sin decir á usted, mi noble amigo, que sus cartas me agradan en extremo y que mi mayor ventura sería que usted no se cansase de escribirlas. Pero si la relación de los hechos, tal como usted la hace, no merece más que alabanzas, me permitiré indicarle que en el juicio de las personas y en las apreciaciones políticas se va un poco del seguro, llevado de sus resentimientos personales, y del apego, muy natural por cierto, á su flamante posición. Reconozco que es difícil juzgar con frialdad los hechos recientes, en los cuales todos los vivos tenemos alguna parte más ó menos activa; la imparcialidad, virtud del espectador lejano, rara vez se encuentra en los que ven la función sobre la misma escena. No pido ciertamente una rectitud de juicio que no podría tener el que se entretuviera en describir un incendio situándose en medio de las llamas; pero sí mayor seriedad para calificar los móviles humanos de los actos políticos, pues hombres son los que

politiquean, los que en la prensa ó en las Cortes, á plumadas ó á tiros, conducen por éstos ó los otros caminos al rebaño que llamamos Nación. Paréceme que no revela conocimiento de la humanidad el atribuir cualidades tan contradictorias á los que en uno y otro bando luchan por sus ideas, ni el suponer que éstos son ángeles y aquéllos demonios, que los de acá proceden por estímulos honrados y todo lo que piensan y hacen es la misma perfección, mientras los de allá no imaginan ni ejecutan nada que no sea perverso, criminal y desatinado. Con semejante criterio no lograremos fundar aquí sólidas instituciones, ni con tal manera de combatir se puede ir más que á la continua guerra civil, al desorden y á la barbarie.

Seamos menos exclusivos en nuestras apreciaciones, y no abramos un foso tan profundo entre las dos familias. Diré á usted que conozco á no pocos moderados que son personas excelentes, y todos conocemos á más de cuatro liberales sin ningún escrúpulo. Cosas muy buenas han legislado y dispuesto nuestros amigos, y otras que son evidentes disparates. No todo es oro acá, ni allá todo escoria, que en uno y otro montón abundan el precioso metal y las materias viles. No debemos despreciar, tratán-

dose de política, las formas, amigo mío, las so-
corridas formas, necesarias en este arte más
quizás que en ningún otro; formas pido á los
hombres en lo que escriben, en lo que decretan,
en lo que hacen; formas en el trato político co-
mo en el social, y sin formas, las ideas más be-
llas y fecundas resultan enormes tonterías. No
desconocerá usted que nuestros amigos tienen
mucho que aprender en cuestiones de etiqueta
del pensamiento, de la palabra y de la acción,
así como también digo que los moderados están
igualmente necesitados de disciplina en este y
en otros puntos...

Perdóneme el sermón, amigo mío, y siga es-
cribiéndome con libertad, juzgando cosas y
personas como usted las vea. Ahora caigo en
que la mejor historia debe de ser la guisada en
su propio jugo, la que habla el lenguaje de su
tiempo... No haga usted caso del sermón: no
he dicho nada. Lo que sí digo y repito, más im-
pertinente yo cuanto más servicial usted y ca-
riñoso, es que me busque á Ibero, y le dé mi
carta, que me escriba lo que acerca de él inda-
gue, dirigiendo la carta á esta encantadora villa
de Sitges. Mil años de vida le desea su buen
amigo—*Fernando*.